

# LA EXPERIENCIA PINAY

## (DISYUNTIVAS DE LA POLITICA ECONOMICA FRANCESA)

### I. ANTECEDENTES

Cuando Antoine Pinay fué llamado al Poder para reemplazar al radical Edgar Faure, en marzo de 1952, muy pocos datos permitían prever la importancia y duración que la nueva etapa iba a llegar a alcanzar en la vida política y económica francesa. El programa propuesto por Pinay, centrado casi exclusivamente en los problemas del equilibrio presupuestario y la estabilidad monetaria, no presentaba en apariencia grandes discrepancias respecto al de los Jefes de Gobierno anteriores, fracasados, no obstante, en la lucha contra la inflación. Por otra parte, las mismas condiciones precarias a que éstos se habían visto obligados a adaptar su actuación, y que habían constituido la causa de su fracaso, se alzaban igualmente contra el nuevo Presidente del Consejo, concediendo a su tentativa un margen escaso de viabilidad.

Políticamente, la ininterrumpida sucesión de crisis ministeriales, que los franceses han venido a aceptar como un fenómeno inevitable consustancial a su IV República, ha comunicado a la vida parlamentaria francesa una inestabilidad que constituye el principal obstáculo con que tropieza la continuidad requerida por toda política tendente a eliminar la inflación.

Económicamente, la desastrosa experiencia inflacionista de los franceses desde el final de la guerra había llegado a crear también aquí una mentalidad de escepticismo y fatalidad que imponía en los espíritus la imagen de una inflación incontenible contra la cual era punto menos que imposible rebelarse. El origen de esta arraigada sensación de impotencia y conformidad que el francés medio

manifiesta ante la inflación ha de buscarse en la *anormal duración* y especiales caracteres que ésta ha revestido en Francia desde hace largo tiempo. «Para el francés que hoy día llega al final de su *carrera industrial, financiera, política y administrativa, la referencia a la normal es la inflación. Cuando su memoria trata de revivir su pasado de hombre adulto, el recuerdo que surge es el de la moneda que huye. Este mal económico, que en el resto del mundo ha adoptado en diversos momentos la forma de crisis agudas, pero limitadas en el tiempo, se ha convertido en un mal permanente en nuestro país. Como ocurre con los enfermos crónicos, aquí también se acaba por buscar la curación en lo irracional, por esperar el choque psicológico, la circunstancia extraordinaria e imprevisible. Esta gráfica ilustración de la inflación francesa, escrita en 1951 por el Director general del Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos, encerraba el diagnóstico de la enfermedad inflacionista francesa. al mismo tiempo que su sola forma de curación.*

El inesperado triunfo de Pinay, en un campo en el que todos sus *anteresores habían fracasado repetidamente*, se ha debido, precisamente, a haber sabido crear, con su «política de confianza», la «circunstancia extraordinaria e imprevisible» capaz de provocar el *choque psicológico de partida en la detención de la inflación. Este ha sido, sin duda, su principal mérito, así como la razón de la popularidad que su experiencia ha llegado a alcanzar tanto dentro como fuera de Francia. Para las naciones interesadas en la evolución económica francesa, la detención de la inflación y las medidas de saneamiento monetario llevadas a cabo por Pinay han constituido otros tantos signos tranquilizadores de una vuelta a la normalidad en una economía viciada, sobre cuya «fibra moral» y capacidad de autocontrol se habían venido a concebir serias dudas. Para los franceses, Pinay ha significado la posibilidad de abandonar una política económica, incierta, fragmentaria e impotente, sometida al vaivén de los intereses profesionales o políticos, por una política clara, razonable y honrada, dirigida valerosamente a los verdaderos factores de desequilibrio económico.*

Desde un punto de vista estrictamente económico, acaso la aportación más interesante, a la larga, de la «experiencia Pinay» no haya consistido tanto en la *detención de la inflación mediante la baja de precios, o la novedad de tal o cual medida de equilibrio*

presupuestario, como en haber puesto de relieve los defectos estructurales y las disyuntivas básicas de la economía francesa. Estos, probablemente, el pecado de indiscreción que muchos franceses no han perdonado al señor Pinay, y la causa indudable de su caída. No es arriesgado afirmar que la oposición progresiva con que la «experiencia Pinay» tropezó, incluso en medios que en sus comienzos la habían prestado su ayuda, se ha debido, en el fondo, a la confabulación de los intereses creados en torno a esos defectos estructurales que el Presidente Pinay descubrió al pretender atacar las verdaderas causas de inflación, así como a la decidida repulsa a tomar cualquier dirección económica clara que supusiese el sacrificio de un *statu quo* defendido a toda costa.

A lo largo de los nueve meses que ha durado la «experiencia Pinay», los «balances» favorables y desfavorables han menudeado con una intensidad sólo explicable pensando en el ambiente polémico de que se ha visto rodeada la experiencia desde sus comienzos. Gran parte de estos balances han surgido incluso en los primeros meses de su realización, cuando nada permitía prever cuáles serían los verdaderos efectos finales; no es extraño que en ellos se trasluzca un afán demasiado evidente de dictar una sentencia de condenación económica, en realidad preconcebida, contra un hombre y una política cuyo prestigio creciente se iba haciendo demasiado peligroso para muchos.

En realidad, ni aun ahora que la «experiencia Pinay» ha cerrado su ciclo político sería prudente dar un enjuiciamiento definitivo de ella, encontrándose gran parte de sus efectos económicos a largo plazo pendientes de realización que permita apreciar el acierto o error en las previsiones iniciales. Otra incógnita existe que obligue también a limitar los juicios. ¿Hasta qué punto la política de Pinay ha fracasado con su caída? ¿No se verá su sucesor obligado a aceptarla en sus grandes líneas? Un inteligente comentarista observaba, pensando en el retraso de los programas de equipamiento y construcción de viviendas debido a las reducciones presupuestarias decretadas por Pinay y en la congelación de salarios mantenida para estabilizar los precios, que la política Pinay no sería reaccionaria si triunfaba, pero sí en el caso de que fracasara. Ahora bien: ¿cómo saber si esa no era la única solución posible hasta

comprobar los resultados obtenidos por el nuevo Presidente, René Mayer, en la resolución de esos problemas?

Hechas estas reservas preliminares, parece, no obstante, llegado el momento de examinar con algún detenimiento la causalidad, el contenido y significado de la «experiencia Pinay» en la política económica seguida en Francia a partir de la liberación.

La política económica de Pinay no es la primera tentativa de detener la inflación de postguerra a la cual se atribuye en Francia el rótulo de «experiencia», ni tampoco ésta la primera vez en la historia económica francesa que un choque psicológico provocado por una personalidad política se revela capaz de influir en el curso de un proceso inflacionista.

El afán de buscar antedentes a todo ensayo de una política económica nueva, máxime si sus resultados comienzan a ser satisfactorios, ha conducido estos últimos tiempos a comparar con alguna frecuencia el «caso Pinay» a la conocida intervención de Poincaré en la crisis de 1926. Es innegable la existencia de una cierta afinidad en la manera que ambos tuvieron de cortar el avance inflacionista. Por su sola personalidad, Poincaré consiguió en aquella ocasión devolver al gran público, y a los capitalistas especialmente, la confianza que éstos habían perdido ante la amenaza de un Gobierno de izquierdas en cuyo programa se temían severas medidas de exoneración de beneficios. Un fenómeno parecido ha tenido lugar con Pinay, cuya ascendencia personal provino en gran medida del carácter tranquilizador que para muchos ofrecían los datos conocidos del nuevo Presidente (pequeño industrial, representante de la clase media, miembro del partido moderado, de tendencias liberales en economía).

No sería imposible tampoco encontrar alguna similitud en su común preocupación por conseguir la repatriación de capitales. Es bien sabido, en efecto, que la amnistía fiscal concedida con este fin por Pinay, al comienzo de su legislatura, fué una de las primeras medidas a que Pinay recurrió para remediar la situación financiera amenazada por la inflación, y se sabe igualmente la importancia que el nuevo presidente atribuía al éxito de la amnistía para atraer los capitales requeridos por el empréstito lanzado posteriormente.

La diferente situación económica de Francia en momentos tan

disparos no permite, sin embargo, ir muy lejos en comparaciones de este tipo. Mientras la evasión de capitales fué en 1926 un fenómeno de origen esencialmente psicológico, como lo demuestra el estado satisfactorio de la economía francesa en aquella época, Pinay hubo de enfrentarse con atesoramientos y evasiones de capitales determinados por un proceso inflacionista de larga duración, cuyo origen residía más bien en la misma evolución económica de postguerra que en reacciones psicológicas por motivos políticos. Ello explica, por otra parte, el que la vuelta a la normalidad económica se haya verificado de forma tan distinta en estas dos ocasiones: extraordinariamente rápida y fácil, en un caso; lenta, dificultosa y problemática, en el otro.

Más interesante es, por este motivo, la confrontación de la «experiencia Pinay» con las tentativas inmediatamente anteriores a ella que tuvieron lugar entre el fin de la guerra y el año 1952.

De todas ellas, la primera en ser bautizada con el nombre de «experiencia», y en proponerse como fin primordial de política económica la estabilización de los precios, fué la emprendida por el socialista Blum a finales de 1946 y principios del 1947. Unos meses antes, en julio de 1946, la Conferencia Económico-social del Palais Royal, reunida para resolver los conflictos sociales surgidos de la pronunciada disparidad de precios y salarios existente durante la ocupación y al comienzo de la postguerra, no había sino echado leña al fuego inflacionista, al pretender contentar a unos y otros elevando tanto los precios agrícolas e industriales como los salarios. A finales de año, la rápida ascensión de los primeros había enteramente anulado el aumento de salarios decretado entonces, restableciéndose la desigual situación anterior.

Fué ante este primer fracaso de las elevaciones masivas de salarios cuando Blum se decidió a poner en práctica una política anti-inflacionista basada en medidas autoritarias de reducción de precios, ordenando en enero de 1947 una primera baja general del 5 por 100 («experiencia Blum», propiamente dicha). El Gabinete Ramadier, continuador de la política Blum, decretaba a finales de febrero una segunda baja general del 5 por 100 (con la cual se pretendía llegar al límite de las posibilidades de baja —un 10 por 100, según la mayoría de los observadores franceses—).

Las medidas de baja ejercieron un indudable efecto psicológico

en esta ocasión. En las encuestas llevadas a cabo por el Instituto Francés de Opinión Pública, los comienzos del año 1947 marcan el mínimo de personas con creencia en una continuación del alza de precios durante todo el período comprendido entre 1945 y 1949. Los comportamientos inflacionistas se detuvieron momentáneamente, el curso del oro (termómetro infalible de la temperatura inflacionista) sufrió un acusado descenso, y los precios al por menor retrocedieron desde el índice 865 alcanzado en diciembre de 1946, con relación a 1938 a 837 en abril de 1947.

La tendencia a la baja no fué, sin embargo, de larga duración. Al llegar mayo, los precios al por menor reanudaban su marcha ascendente a mayor velocidad aún que anteriormente, y, tras ellos, los restantes elementos inflacionistas, contenidos por la baja de precios, se ponían también nuevamente en marcha, emprendiendo una veloz carrera que no se detendría hasta el comienzo de 1948.

Una serie de razones se dieron en aquella ocasión para explicar el salto inflacionista de los precios al por menor (imposibilidad de controlar la totalidad de los precios, la presión ejercida por las elevaciones de salarios precedentes, desfavorables expectativas de cosecha, intervención del factor estacional en el precio de determinados productos). La verdadera causa ha de buscarse, no obstante, en las mismas circunstancias que caracterizaron la situación económica francesa desde el final de la guerra hasta 1949: marcada insuficiencia en el aprovisionamiento de bienes de consumo, una gran masa de disponibilidades monetarias excedentarias en manos de empresarios y particulares. Esta típica inflación de penuria, originada por el choque de una oferta de bienes de consumo casi enteramente inelástica, con una demanda a la que la plétora monetaria de postguerra comunicaba, en cambio, una extraordinaria elasticidad, condenaba a un fracaso anticipado toda medida autoritaria de baja de precios que no se combinase con otras susceptibles de aumentar la producción de bienes de consumo y absorber una parte de esas disponibilidades excedentarias <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Para hacer justicia a Blum es preciso decir que en su programa figuraba también un aumento en la fabricación de bienes «de utilidad social». La recomendación de aumentar la producción de bienes de consumo y establecer un mejor sistema de racionamiento se encuentra con frecuencia en informes y comentarios sobre la situación en aquella época. Cfr. el informe al Consejo Eco-

El fracaso patente de la experiencia Blum, al destruir la esperanza concebida en una pronta vuelta a la normalidad económica, no hizo sino reforzar las tendencias inflacionistas, provocando un período de intensa agitación social, que hará batir al año 1947 el record de conflictos sociales (veintidós millones de horas de trabajo perdidas, según ciertos cálculos). Desde mayo de 1947 a febrero de 1948, los precios al por menor aumentaron un 70 por 100, porcentaje sólo superado por el de 1946 (qué fué más explicable si se piensa en el reajuste de precios impuesto por la disparidad entre precios tasados y precios del mercado negro durante la ocupación).

En diciembre de 1947, y ante el progreso ininterrumpido de los precios, el entonces ministro de Hacienda y Asuntos Económicos, bajo el Gobierno Schuman, René Mayer, pone en práctica una segunda tentativa de cortar la inflación y estabilizar los precios. Comprendiendo, no obstante, la inutilidad de toda baja impuesta mientras las condiciones de la demanda monetaria siguiesen constituyendo un peligroso germen de inflación, Mayer comienza por retirar de la circulación los billetes de 5.000 francos (enero de 1948), y crear un impuesto excepcional, destinado tanto a proporcionar los recursos necesarios para atender a las inversiones del Plan Monnet como a disminuir la tensión de la demanda sobre el mercado de bienes de consumo. Tres meses más tarde, estas medidas de política financiera eran completadas por un decreto de baja de precios encaminado a «mantener el poder adquisitivo de los consumidores».

A pesar del avance que la «experiencia Mayer» representaba respecto a la «experiencia Blum», este segundo ensayo de baja de precios no corrió mejor suerte que el anterior. Al cabo de unos meses de estabilidad, más bien que de baja, los precios al por menor dieron de nuevo en julio la señal de partida, para no detenerse hasta finales de año.

Esta vez, sin embargo, la subida de precios no llegó a alcanzar las proporciones de la precedente. El porcentaje de alza registrado (26 por 100 entre julio y diciembre) traduce el considerable

---

nómico por M. Gausse, en abril de 1948, C. E., *Études et Travaux*, IV, «Problems des prix et salaires», así como el artículo de Cluson en *Études et Conjoncture*, diciembre 1946-enero 1947.

debilitamiento de las tensiones inflacionistas de postguerra durante todo el año 1948<sup>2</sup>. El acercamiento a la normalidad económica hubiera permitido probablemente a Mayer defender la estabilidad conseguida en los primeros meses, si otros factores (la prematura liberación de precios verificada a finales de 1947 y comienzos de 1948; la presión ejercida sobre los precios industriales por las elevaciones masivas de salarios decretadas en agosto y noviembre de 1947 y, sobre todo, la devaluación de enero de 1948) no hubieran contribuido a mantener la marcha del proceso inflacionista.

El año 1949 representó para los franceses el retorno al equilibrio económico de antes de la guerra. La normalización en el aprovisionamiento de bienes de consumo, debida a las buenas cosechas registradas y al aumento de la producción industrial, unida a la terminación del proceso de reconstitución de *stocks* emprendido por consumidores y empresarios al final de la guerra, se tradujo en una sensible estabilidad de salarios y precios a lo largo de todo el año, que permitió sin demasiado peligro suprimir el racionamiento y liberar los precios todavía tasados.

En esta favorable coyuntura económica ha de pensarse para interpretar la mayor eficacia relativa de que gozaron las medidas de bloqueo y baja de precios adoptadas a finales de 1948 y comienzos del 1949 por el sucesor de Schuman, Queuille, y su secretario de Estado en los Asuntos Económicos y Abastecimiento, Pinay. Fué precisamente el mismo Pinay quien gestionó en noviembre de 1948 el acuerdo con las profesiones comerciales, en virtud del cual éstas se comprometían a reducir de un 3 a un 5 por 100 el precio de determinados productos, así como el instigador probable de los decretos de enero prohibiendo a un cierto número de productos agrícolas e industriales sobrepasar el límite alcanzado el 31 de diciembre de 1948, y anulando las alzas intervenidas con posterioridad a esta fecha (medida, ésta, en la cual es fácil ver un claro antecedente de la adoptada por Pinay en 1952 con el mismo objeto).

Hasta junio de 1950, fecha que marca la reanudación del pro-

---

<sup>2</sup> El índice de disponibilidades en especie ascendió en 1948 al 98 por 100 del nivel alcanzado en 1938. Por otra parte, aunque el esfuerzo de inversión requerido por la puesta en marcha del Plan Monnet continuó pesando seriamente en el presupuesto y la situación económica de 1948, su importancia fué menor que en 1947 (31 por 100 de los gastos del Estado en 1947. 27 por 100 en 1948).



ceso inflacionista provocada por las repercusiones de la guerra de Corea, la estabilidad de precios y salarios persistió en Francia, con alternativas de alzas y bajas sin verdadera importancia. La «experiencia Bidault» (fines de 1949, primer semestre de 1950) se proponía exclusivamente estimular la producción y perseguir las «ententes» industriales y comerciales, viciadoras de la concurrencia.

Pleven, en cambio, tuvo que hacer frente a la propagación interior de la inflación suscitada por la subida mundial del precio de las materias primas, y ello le obligó a adoptar una serie de medidas empleadas con anterioridad a 1949: prohibición de toda elevación de precios injustificada a partir del 1.º de julio de 1950, restricciones del crédito, intervención directa del Estado en el mercado de productos clave, como la carne.

El mecanismo inflacionista francés, hipersensible a toda excitación interior o exterior, se había puesto en marcha de nuevo inconteniblemente, y en el otoño de 1951 los precios franceses continuaban subiendo a pesar del descenso registrado en el precio de las materias primas mundiales. Otra vez más, Mayer intenta, bajo el mismo Gobierno Pleven, poner coto a la inflación mediante una revisión definitiva de precios y salarios, y mantener el «palier» así alcanzado, suprimiendo las subvenciones a las empresas nacionalizadas y estimulando la productividad para lograr un descenso en los costes de producción que permitiese acortar la separación existente entre precios franceses y extranjeros.

Tales medidas serían, en realidad, el último ensayo de estabilización de precios con anterioridad a la llegada de Pinay. El Gabinete Edgar Faure, formado a mediados de enero de 1952, tropezaría al mes y medio escaso de vida parlamentaria en el mismo escollo que había provocado la caída de su antecesor Pleven (el desequilibrio presupuestario), y Pinay se encontraría en el momento de su investidura por la Asamblea (marzo de 1952) ante una inflación cuasigalopante, originada por el rápido aumento de precios iniciado en octubre de 1951 bajo el impulso de las dos elevaciones de salarios decretadas en dicho año, la elevación de precios en los servicios nacionalizados, y el juego de todos los comportamientos inflacionistas desencadenados en junio de 1950.

Estas han sido, expuestas de una manera breve y forzosamente incompleta, las tentativas de estabilización de precios, que pueden

considerarse como antecedentes de la «experiencia Pinay». De todas ellas, sólo dos merecen realmente el nombre de experiencia: la de Blum, en 1947, y la de Mayer, en 1948. Sin embargo, su conjunto presenta una serie de notas que ayudan a comprender y situar la «experiencia Pinay» en el cuadro general de la política económica llevada a cabo en Francia desde el final de la guerra:

1.<sup>a</sup> En primer lugar, salta a la vista la decisiva importancia atribuida a las intervenciones autoritarias en el nivel de precios por los diversos ensayos de política antiinflacionista registrados entre 1946 y 1952. Tanto las experiencias practicadas en la inmediata postguerra (Blum, Mayer) como las posteriores (Queuille-Pinay, Pleven-Mayer) han consistido, esencialmente, en medidas de bloqueo y baja de precios, o, en todo caso, han considerado a estos medios como el recurso final e imprescindible en la detención de la inflación.

La coincidencia no deja de ser sorprendente, si se piensa que en la inflación francesa de postguerra han tomado parte muy activa todos los elementos a los cuales se suele atribuir un poder inflacionista (aumento de la circulación monetaria, devaluaciones, déficit presupuestario, aumentos de salarios, etc.)<sup>3</sup>, y que, en estas condiciones, toda intervención autoritaria en el nivel de precios debía aparecer como insuficiente, mientras no se empleasen simultáneamente medidas de otro tipo susceptibles de eliminar los restantes factores de inflación<sup>4</sup>. ¿Cómo explicar entonces la reiterada y casi exclusiva apelación a bloqueos y bajas autoritarias de precios en cada intento de cortar la inflación?

En gran medida, la escasez y limitación de los medios emplea-

---

<sup>3</sup> La circulación monetaria ha aumentado regularmente un 25 por 100 por año entre 1945 y 1949. En el mismo período han tenido lugar tres devaluaciones del franco y otras devaluaciones parciales por modificación de los tipos de cambio. El déficit presupuestario ha sido de 250.000 millones por año como término medio. Finalmente, los salarios han sido aumentados trece veces entre 1945 y 1952 (siete de ellas en un porcentaje superior al 15 por 100). Cfr. *La France et l'inflation*, núm. cit., pág. 65 y ss.

<sup>4</sup> La «experiencia Mayer» es sólo una excepción relativa, ya que a pesar de interesarse en otros factores inflacionistas distintos del alza de precios en sí (circulación monetaria, déficit presupuestario) hubo de consagrar la situación anterior mediante un aumento de salarios y una devaluación que significaban otras tantas fuentes de inflación.

dos en la lucha antiinflacionista se ha debido a la inestabilidad política y económica característica de la postguerra francesa, según indicábamos al principio. Por causa de ella, los sucesivos Gobiernos se han visto obligados a adoptar una política dominada por consideraciones de urgencia, a corto plazo. Cada nueva experiencia ha surgido del fracaso de la anterior, y se ha encontrado con su mismo problema a resolver (la rápida ascensión inflacionista provocada a finales de año por la ruptura de la estabilidad transitoria lograda los primeros meses de su precedente). Nada tiene de extraño que, acuciados por una misma urgencia de solución y enfrentados con un idéntico porvenir incierto, los Gobiernos hayan venido a caer en las mismas medidas repetidamente, sobre todo si se tiene en cuenta que el control autoritario de los precios era, en realidad, el único instrumento de manejo rápido y seguro con que contaban para cortar (en lo inmediato, al menos) el avance inflacionista.

Por otra parte, es indudable que aunque el alza acumulativa y persistente del nivel de precios diste mucho de ser el solo aspecto de un proceso inflacionista, sí constituye su rasgo más saliente y visible, así como el más sensible, ya que es a través de ella que los empresarios, rentistas y trabajadores sienten los efectos de la inflación (en unos, modificando sus expectativas y aumentando las posibilidades de beneficio; en otros, destruyendo por completo o disminuyendo considerablemente el poder adquisitivo de sus rentas). Es natural, por tanto, que el aumento de precios haya sido interpretado por la mayoría de la gente como el síntoma más infalible de inflación en un clima tan trabajado por ella como el de la postguerra francesa, y que su sola aparición haya provocado en cada ocasión la puesta en marcha incontenible de todos los comportamientos inflacionistas<sup>5</sup>. Aquí reside, con toda certeza, la verdadera razón de esa insistencia en los bloqueos y bajas autoritarios de precios. Lo que indudablemente se pretendía con ellos era, ante todo, impedir el juego de los comportamientos mediante la

---

<sup>5</sup> Puede decirse que los otros dos síntomas visibles de inflación ante los cuales el gran público reacciona vivamente (los aumentos de salarios y las devaluaciones) influyen en los comportamientos a través de la expectativa de su efecto en los precios.

eliminación de su principal causa, creando así el clima necesario para un ataque ulterior, a largo plazo, del problema inflacionista en su conjunto.

Ninguna de las «experiencias» mencionadas de estabilización de precios ha podido, sin embargo, llegar a esta segunda fase. Quizá sea por ello que su examen hace pensar en el conocido proverbio francés: «Morte la bête, mort le venin». «Eliminemos el alza de los precios, y así habremos eliminado la inflación». Sin duda, la sabiduría popular habría bastado si sólo el nivel de precios hubiese sido atacado de la rabia inflacionista. Pero el mal había operado demasiado tiempo, y ahora la defunción de una de sus víctimas no podía traer sino un alivio pasajero mientras todos sus estragos no fuesen remediados.

2.ª El reiterado fracaso de las diversas tentativas de estabilización de precios se ha debido siempre a la presión de las tensiones inflacionistas existentes en cada momento, sobre los puntos más vulnerables del mecanismo de precios. Ya hemos visto que estas tensiones inflacionistas han sido, durante el periodo comprendido entre 1945 y 1949, las provocadas por la inelasticidad de la oferta de bienes de consumo y factores de producción, por un lado, y la marcada elasticidad de la demanda, unida al esfuerzo de inversión pública, por otro; mientras que, de 1950 en adelante, las tensiones provenientes del extranjero se han visto reforzadas por el esfuerzo de rearme, la terminación del Plan Monnet y la reanudación de todos los comportamientos inflacionistas.

Los puntos que se han revelado más vulnerables, en el curso de las «experiencias» enumeradas, han sido, especialmente:

a) La incidencia en el nivel de precios de las variaciones debidas a la intervención del factor estacional. Tales fluctuaciones, que en periodo de normalidad no producen sino ligeros desajustes pronto eliminados, pueden, en un clima de inflación contenida, llegar a desencadenarla totalmente si las elevaciones de precios así originadas son interpretadas como síntomas de un nuevo proceso inflacionista. La historia de la inflación francesa desde el final de la guerra es buena prueba de ello.

El impacto inflacionista de las variaciones estacionales de precios sería un interesante objeto de estudio, a pesar de las dificultades

des que ofrece el aislamiento estadístico de éstas a partir de 1946<sup>6</sup>. Respecto a los precios de los productos agrícolas y alimenticios (que son, sin duda, los más interesantes, tanto por haber constituido el centro de las tensiones inflacionistas en períodos de penuria, e incluso posteriormente, como por su importancia en el cálculo de los diversos índices de coste de la vida que sirven de base a las reivindicaciones obreras y a los aumentos oficiales de salarios), las variaciones estacionales entre 1946 y 1950 han cobrado un especial relieve en dos momentos críticos: en primavera (abril y mayo), debido al aumento estacional del precio de las legumbres, frutas y otros productos de consumo corriente, y en otoño (agosto y septiembre), debido a la fijación del precio del trigo y los demás cereales.

Aunque atenuada por la intervención de un complejo conjunto de factores externos, variables en cada circunstancia (devaluaciones, aumentos de salarios, aumento de precios en los servicios nacionalizados), es innegable la existencia de una correlación entre estas variaciones estacionales y la marcha general del proceso inflacionista desde 1946. En todo este período, el comienzo del alza de los precios al por menor ha tenido lugar regularmente en los meses de abril y mayo, iniciándose en octubre, con igual regularidad, la subida de los precios al por mayor<sup>7</sup>.

Es precisamente a causa de este impulso inflacionista dado al nivel de precios por las variaciones estacionales que sus fases críticas han correspondido a los momentos de más peligro para las «experiencias» de estabilización de precios mencionadas. El fracaso de la «experiencia Blum» no se debió, en realidad, sino a la variación estacional de primavera en el precio de ciertos productos. Y

---

<sup>6</sup> Cfr. «Les variations saisonnières de quelques séries économiques françaises de 1946 à 1950», *Bulletin Mensuel de Statistique*, suplemento enero-marzo (I. N. S. E. E.). El interés de este trabajo es, no obstante, mucho más limitado del que su título podía hacer esperar, ya que no estudia sino las variaciones estacionales de los transportes y la producción industrial, sin referirlas concretamente a la evolución inflacionista, por otra parte.

<sup>7</sup> Cfr. el «Calendario estacional típico de un año de inflación de postguerra» que presenta el estudio citado (*La France et l'inflation*), con las perturbaciones en él introducidas por las revisiones oficiales de precios de 1945 y los aumentos de salarios de 1945 a 1947 (rev. cit., pág. 70).

Las demás «experiencias», sin excepción<sup>8</sup>, han venido a acabar inexorablemente en el otoño, incapaces de sobrevivir a las dificultades creadas por las variaciones estacionales de agosto y septiembre<sup>9</sup>. Una simple ojeada a su sucesión cronológica basta para confirmarlo: la «experiencia Mayer», iniciada a finales de 1947, fracasa en el mes de julio, y es sustituida por la «experiencia Quenuille». Esta, a su vez, termina en el mes de octubre del año siguiente, para dar paso a la «experiencia Bidault». Y Bidault, finalmente, abandona el Poder en julio de 1950, iniciándose a mediados de este mes la «experiencia Pleven» (que Mayer intentaría completar desde octubre de 1951). Ante un ritmo estacional tan marcado, no es posible evitar la tentadora idea de que la evolución económica ha llegado a comunicar una gran parte de su periodicidad a la misma vida parlamentaria francesa de postguerra; afirmación no muy arriesgada si se piensa en el importante papel que los problemas económicos han jugado en ella y en las causas inmediatas de la inestabilidad ministerial que la caracteriza<sup>10</sup>.

La influencia ejercida por las variaciones estacionales del nivel

<sup>8</sup> La misma «experiencia Blum» puede considerarse terminada en el otoño, ya que el Gobierno Ramadier, su continuador oficial, no sería reemplazado por el Gobierno Schuman sino el 28 de noviembre de 1947. La «experiencia Pinay», después de salvar los dos escollos de las variaciones estacionales de mayo y septiembre, naufragaría en el tercero, no menos peligroso, de las votaciones presupuestarias para 1953.

<sup>9</sup> La fijación de un nuevo precio para el trigo se ha visto siempre acompañada de violentos conflictos sociales (huelgas generales, peticiones de aumento de salarios), no tanto por su previsible incidencia en el circuito trigo-harina-pan como por ser tradicionalmente el precio del trigo un índice de referencia que traduce el estado de la moneda y decide el rumbo de las expectativas. Este es, por otra parte, el motivo de que septiembre señale el comienzo del año social, ya que, como observa ROMEUR («Évolution du pouvoir d'achat en France, 1938-1949», Inst. d'Observation Écon., núm. 4, pág. 7), es sobre los hechos registrados o previsibles en esta época que vendrán a fundarse las posiciones de las diferentes organizaciones patronales u obreras y que se hará la orientación económica de la nación en el curso del año siguiente (cf. «Mouvement écon. en France de 1938 à 1948», puesto al día para 1949, I. N. S. E. E., páginas 82 y ss.).

<sup>10</sup> La caída de los distintos Gobiernos ha sido provocada casi sin excepción desde 1946 por las huelgas y manifestaciones obreras suscitadas a partir de agosto. Para comprobarlo cfr. el cuadro cronológico del estudio varias veces citado (*La France et l'inflation*, 2. págs. 85-86).

de precios en la suerte corrida por las experiencias expuestas, no es, en último extremo, sino la consecuencia lógica de haber centrado la política antiinflacionista en medidas autoritarias de bloqueo y baja de precios. Como veíamos, tales medidas tienen la ventaja de cortar por un tiempo dado el juego de los comportamientos inflacionistas; pero en compensación, presentaban un serio inconveniente: atraer excesivamente la atención sobre el nivel de precios, desvirtuando el significado de las variaciones normales originadas por los desajustes transitorios de oferta y demanda. Toda política de baja ha sido siempre de sentido único: se puede ir para atrás, hasta donde se llegue, pero ni un solo milímetro hacia adelante. Desde el primer instante, su vida incierta está pendiente de un hilo (el nivel-límite alcanzado por los precios en un momento dado), que la menor fluctuación estacional podrá cortar con sólo traspasarlo.

b) La traslación al precio de los aumentos de salarios. El automatismo del ciclo salarios-precios ha constituido, sin duda alguna, la nota dominante del proceso inflacionista iniciado en 1946. Sus incidentes han sido frecuentemente constatados y comentados por los economistas franceses <sup>11</sup>, sin que por otra parte presenten novedad alguna respecto al conocido efecto, acumulativo de los aumentos de salarios y precios en una inflación típica. Desde el final de la guerra, cada elevación de salarios ha venido a traducirse, inexorablemente, en un aumento más que proporcional del nivel de precios, y éste ha originado nuevas reivindicaciones obreras que, al ser satisfechas, han puesto en marcha otra vez el proceso <sup>12</sup>. Las

---

<sup>11</sup> Cfr., por ejemplo, los artículos de SEGUILLON («Problèmes actuels du travail», ciclo de conferencias dadas en la Universidad de Nancy el año 1950; «L'évolution des salaires») y BUQUET («Les salaires et les prix», *Droit Social*, mayo 1947, págs. 187-192) y la serie de trabajos dedicada a «la remuneración del trabajo y la política de salarios» por el Instituto de Ciencia Económica Aplicada (especialmente el primero, «Les caractères contemporains de la rémunération du travail», y el tercero de los estudios anexos, «Le cout et les prix. Contribution à une controverse»). Cfr. igualmente el informe de M. Laerre, en nombre de las Comisiones de Economía y Trabajo, ante el Consejo Económico. op. cit., págs. 40 y ss.

<sup>12</sup> Cfr. el «calendario nacional» del I. N. S. E. E., antes citado. Sobre la incidencia más que proporcional de las elevaciones de salarios en el nivel de precios, el artículo de SEGUILLON (nota 12). Es evidente que los precios han

elevaciones de salarios decretadas a finales de año han creado así un estado de tensión sobre los precios industriales durante los primeros meses del año siguiente, cuya repercusión final se ha realizado aprovechando las fases críticas del movimiento estacional. A través de su impacto primario en los precios industriales, y secundario en los agrícolas, los aumentos de salarios han tenido una indudable participación en las subidas de precios al por menor registradas en el segundo semestre y, por consiguiente, en el fracaso de muchas de las experiencias expuestas.

La tensión originada por los aumentos de salarios parece, sin embargo, haber provenido más bien de su efecto sobre la demanda que de su traslación a los costes de producción, según se desprende del cotejo de series para los precios al por mayor industriales y agrícolas, y para la evolución de los salarios<sup>13</sup>. Respecto de la oferta, ello puede explicarse por la distinta incidencia de un aumento de salarios en los precios al por mayor industriales y agrícolas-alimenticios, y de las variaciones de éstos, en el índice de precios al por menor. Respecto de la demanda, por el peso que alcanzan los gastos de alimentación en el presupuesto familiar de los trabajadores<sup>14</sup>. La presión ejercida por el aumento de salarios sobre los

---

aumentado en proporción mucho mayor a la de 4/10 (porcentaje de aumento de precios, porcentaje de aumento de salarios), que hubiera sido normal según dicho autor.

<sup>13</sup> La correlación entre salarios y precios industriales al por mayor ha sido muy estrecha a lo largo de todo el período comprendido entre 1946 y 1950. Por el contrario, el aumento de los precios industriales al por mayor y las elevaciones de precios al por menor han guardado una relativa independencia, como lo prueba el hecho de que aquél haya generalmente esperado la variación estacional de los precios agrícolas para repercutirse (en primavera, bajo la «experiencia Blum»: en otoño o mediados de verano, bajo las experiencias Mayer y Queuille). En 1948 (experiencia Mayer) los precios industriales al por mayor aumentaron incesantemente durante todo el año, sin que los precios al por menor lo hiciesen hasta la subida de precio de los productos alimenticios, el mes de agosto.

<sup>14</sup> Más del 50 por 100 de los gastos totales, por término medio, según las encuestas del I. N. S. E. E. y los presupuestos tipos elaborados por las distintas organizaciones sindicales y familiares para servir de base a la fijación oficial del mínimo vital. Dentro de este 50 por 100, dedicado al consumo alimenticio, la distribución por partidas arroja un elevado índice para el consumo de carne (el 31 por 100 del consumo alimenticio, según el presupuesto familiar establecido por la Statistique Générale de la France en 1946; el 17 por 100 del



precios al por menor ha tendido de esta forma a debilitarse en el primer caso, reforzándose considerablemente en el segundo <sup>15</sup>.

c) La influencia en el nivel de precios del factor exterior (devaluaciones, evolución de los precios en el extranjero) y del factor institucional (medidas oficiales de control, tasación y liberación de precios).

Las devaluaciones del franco llevadas a cabo en enero de 1946 y septiembre de 1949, aunque determinadas por los aumentos anteriores del nivel de precios <sup>16</sup>, han contribuido, a su vez, a hacer más vulnerable a la inflación el mecanismo de precios bajo las «experiencias» Mayer y Bidault. Desde junio de 1950, el factor exterior ha dejado sentir su influencia especialmente a través de la marcha seguida por los precios de las materias primas mundiales (inflacionista, hasta abril de 1951: deflacionista, a partir de esa fecha).

---

presupuesto familiar total de la misma época si se tiene en cuenta la citada cuantía del consumo alimenticio en los gastos totales). No anda desacertado Henri BROUSSE (*Le niveau de vie en France*, col. «Que sais-je?», P. U. F., 1949, páginas 37-8) cuando afirma que ha sido el precio de la carne el motor principal en la carrera inflacionista emprendida por salarios y precios. La concentración en la carne de la demanda alimenticia ha constituido un constante factor de desequilibrio e inflación a lo largo de todo el período 1946-1952, y el problema por ella creado una de las preocupaciones centrales de los diferentes Gobiernos. Su recrudecimiento a finales de 1950 y primeros meses de 1951 obligaría al Gabinete Plevin-Mayer a adoptar serias medidas en septiembre de 1951 (tasa de la carne, «operación *bifeck*»). Sobre el significado de un fuerte incremento de la demanda de carne en la «evolución típica de la demanda de consumo cuando el empleo aumenta» véase *La France et l'inflation*, página 91. Es indudable que la más grave presión inflacionista ha partido en todo momento de la demanda alimenticia (cfr. el esquema de concatenación precios-salarios que ofrece para el período estudiado el trabajo del I. N. S. E. E., «Le mouvement économique en France, 1938-1948», págs. 82 y ss.).

<sup>15</sup> Esquemmatizando, los efectos de un aumento de salarios sobre los precios al por menor serían: a), a corto plazo, una elevación débil, por la repercusión del aumento de salarios en los precios industriales al por mayor, y mucho más fuerte por la concentración del aumento de demanda de los trabajadores sobre los productos alimenticios, de fuerte ponderación en el índice de precios al por menor; b), a largo plazo, un refuerzo de la elevación inicial, por la repercusión del aumento de precios industriales al por mayor sobre los precios agrícolas y de éstos sobre los al por menor alimenticios.

<sup>16</sup> La de 1945, por el reajuste de precios del final de la guerra. La de 1948 (Mayer), por el aumento de precios de finales de 1947 especialmente (consecuencia del fracaso de la experiencia Blum).

No es preciso insistir en el papel que han jugado estos últimos en la reanudación de la inflación francesa, después del equilibrio logrado en 1949.

A la facilidad con que los precios han reaccionado ante la coyuntura alcista en diversas ocasiones han cooperado, igualmente, las liberaciones prematuras de precios concedidas en los primeros años de postguerra, así como la inconsistencia de los sistemas de control establecidos con anterioridad a 1949. En lugar de imponer un severo racionamiento y enjugar una parte de las disponibilidades excedentarias mediante un cambio restrictivo de billetes, como se hizo en otros países, las tensiones inflacionistas originadas por la penuria y la plétora monetaria pudieron jugar libremente en Francia gracias a la indecisa combinación de libertad e intervención en el mercado de bienes de consumo a que se recurrió inmediatamente después de acabarse la guerra. En mayo de 1945 se creó un sector libre al lado del tasado vigente durante la ocupación, y a estos dos sectores se añadió más tarde por Mayer, en 1948, un tercero «controlado», pluralidad de mercados que subsistiría hasta la supresión de toda intervención en los precios el año 1949. La existencia de estos mercados libres o semilibres al lado del tasado permitió alimentar el mercado negro con las mercancías constantemente retiradas del tasado, provocando un considerable aumento de precios en productos alimenticios esenciales y manteniendo las expectativas alcistas de los empresarios<sup>17</sup>. Otro tanto puede decirse

---

<sup>17</sup> Cfr. el artículo de CLOSON, «La bataille des prix», *Étude et Conjoncture*, febrero 1947, págs. 7 y ss., y sobre los efectos del mercado negro la misma revista, núms. 10 y 11, mayo-junio 1947. Los precios del mercado negro no dejaron de subir hasta la supresión del racionamiento (vid. *La France et l'inflation*, págs. 72 y ss.). El citado artículo de BUQUER (págs. 190 y ss.) hace una inteligente exposición de la política económica que debía haberse seguido dada la situación de la economía francesa al acabar la guerra y de la que realmente se siguió. Refiriéndose a los ineficaces sistemas de tasación ensayados observa dicho autor que «la tasación sin absorción de disponibilidades monetarias, la tasación en el consumo y la libertad en el estadio de producción, la tasación para un contingente y la libertad para el resto son otras tantas ilusiones. Si se juega la carta de la libertad, aunque sea mezclada a otras cartas, dominará en seguida el juego y conducirá a sacrificar el principio de la igualdad ante la necesidad». Coincidiendo con la creación del sector libre al lado del tasado, en junio de 1945 tuvo lugar en realidad un cambio de billetes; pero en vez de

de las deliberaciones prematuras de precios decretadas a finales de 1947 y mediados del 1948, que trajeron consigo un ascenso vertiginoso de los precios industriales, prolongado durante todo este último año, y la realización de enormes beneficios por los empresarios, reforzando por ambos conductos las tendencias inflacionistas<sup>18</sup>.

Dentro del factor institucional, por depender de las decisiones gubernativas, aunque de una especial naturaleza por su relación con el nivel general de precios y su evolución (como en el caso de las devaluaciones), puede incluirse igualmente la política de salarios y precios practicada en las empresas y servicios nacionalizados (transportes --S. N. C. F., Metro--, carbón, gas, electricidad, etc.). Las elevaciones de salarios y precios decretadas en diferentes ocasiones durante el período 1946-1952 han venido a consagrar y reforzar la inflación, influyendo, con frecuencia, decisivamente en la marcha de ésta, tanto por la importancia estratégica de los sectores económicos abarcados como por el significado atribuido a las decisiones del Estado en este campo (ya que la conducta estatal es tomada como índice de referencia por empresarios y trabajadores en sus expectativas y reivindicaciones, según ha podido verse a partir de la liberación)<sup>19</sup>. Cada aumento de tarifas o pre-

---

aprovecharse la oportunidad para reducir la circulación excedente, como en Bélgica, por ejemplo, el resultado fué un simple cambio de moneda nominal (cfr. «Mouvement écon.», etc., pág. 82 y ss.).

<sup>18</sup> La importancia de los beneficios realizados en la liberación masiva de precios industriales de finales de 1947 (800.000 millones, según la Comisión del Balance Nacional --de la Contabilidad Nacional a partir de 1950--), no pudo ser negada ni por los mismos empresarios, que pretendieron justificarlos alegando la necesidad de su inversión en el equipamiento industrial (vid. la intervención del representante patronal en el Consejo Económico, M. Meunier, en octubre de 1949) y la doctrina del precio de renovación» o «sustitución (*prix de remplacement*) (cfr. el artículo de BARJONET en el *Bulletin du Centre Confederal d'Etudes Éc.* --C. G. T.--, «Et le salaire de remplacement?»). La liberación de precios y el mantenimiento del bloqueo para los salarios sería, por otra parte, el «leitmotiv» de todas las reivindicaciones obreras hasta 1950 (vuelta al sistema de convenciones colectivas y libertad de salarios) (cfr. el citado informe de M. Gaussel ante el Consejo Económico, así como el de Lasserre el 27 de octubre de 1949 y las intervenciones de Le Brun --C. G. T.-- en la misma sesión, *Études et travaux*, núm. 6, pág. 40 y ss.).

<sup>19</sup> Los más graves movimientos de huelga han provenido siempre del sector

cios en los servicios y empresas nacionalizados ha traído consigo un aumento de los precios industriales y agrícolas al por mayor, pero también un aumento directo de los precios al por menor por su repercusión inmediata en el presupuesto individual de gastos <sup>20</sup>, con lo cual el mismo Estado ha contribuido (más o menos inevitablemente) al fracaso de su política de baja o estabilización de precios bajo Blum y Mayer, primero, y después nuevamente a partir de 1950 <sup>21</sup>. Finalmente, a este efecto inmediato en el nivel de precios y los comportamientos psicológicos es preciso añadir el impacto indirecto, pero no menos cierto, a través del desequilibrio presupuestario originado por los aumentos de salarios en las empresas nacionalizadas, el cual ha solido soldarse recurriendo a procedimientos claramente inflacionistas.

3.<sup>a</sup> Como puede apreciarse por las consideraciones anteriores, el Estado ha tenido una amplísima responsabilidad e intervención en la marcha del proceso inflacionista iniciado al final de la guerra y reanudado en 1950. En sus manos ha estado en todo momento la fijación del tipo de cambio y la regulación de precios y salarios, tanto directamente (a través de bloqueos, liberaciones y elevaciones autoritarias) como indirectamente (en su papel de empresario dirigente de una gran parte de la economía nacional). De nadie sino de él ha partido el esfuerzo de inversión pública concretado en el Plan Monnet, verdadera nota dominante de todo el período, que, unido a la nacionalización de la Banca y el crédito, ha dado al

---

nacionalizado, lo cual se explica fácilmente teniendo en cuenta que el Estado es con mucho el primer patrono en Francia (el que emplea un mayor número de trabajadores), así como la importancia del factor trabajo en las empresas y servicios nacionalizados (ferrocarriles, «Metro», minas, industria del automóvil). El aumento de precios y tarifas en los servicios nacionalizados ha sido, por otra parte, la señal esperada por los trabajadores para desencadenar la huelga general, como se ha demostrado visiblemente en noviembre de 1947 y en octubre y noviembre de 1948, así como a partir de 1950.

<sup>20</sup> Según la encuesta del I. N. S. E. E., ya citada, la calefacción, los transportes, el gas y electricidad más el tabaco sumarian cerca de cinco veces el importe dedicado al alquiler (aunque es bien sabido el lugar anormalmente bajo que este último ocupa en el presupuesto familiar francés).

<sup>21</sup> Generalmente, sin embargo, los aumentos de precios y salarios en las empresas nacionalizadas han sido una herencia legada por el Gobierno anterior al investido en el otoño, como ocurrió en el caso de Blum (aumento verificado por Schuman) y de Mayer (por Queuille).

Estado francés un control sobre la inversión absolutamente desconocido con anterioridad a la guerra. Si a todo esto añadimos la influencia ejercida a través de la política fiscal (aumento constante de la presión fiscal sobre los precios) y social (aumento de las prestaciones a título de Seguridad Social, especialmente de los Subsidios Familiares)<sup>22</sup>, así como el peso originado por la política proteccionista en el comercio, la agricultura y la industria (subvenciones a la exportación, a los productores de trigo, remolacha, vino, etc., y a las empresas nacionalizadas), tendremos una imagen aproximada del papel decisivo que el Estado ha jugado en la evolución económica de todo el período.

Sería excesivo, sin embargo, concluir de esta amplitud de medios con que el Estado francés ha contado, afirmando su culpabilidad en la persistencia de la inflación durante los siete años que han transcurrido desde la terminación de la guerra. En primer lugar, tal amplitud de medios ha sido más bien teórica que efectiva, debido a ese fenómeno de «politización» de las decisiones económicas estatales que los economistas franceses han resaltado con frecuencia. Necesitados del apoyo de todos para subsistir, divididos por el deseo de satisfacer las pretensiones de unos y otros —partidos políticos, organizaciones obreras y patronales—, los sucesivos Gobiernos se han visto obligados las más de las veces a ceder a las exigencias de los distintos grupos sociales, cerrándose con ello todo

---

<sup>22</sup> Toda elevación de impuestos o creación de otros nuevos ha incidido inmediatamente en los precios, como era de esperar en un clima exacerbadamente sensible a la menor variación de los costes debido a la inflación. De esta forma las inversiones llevadas a cabo por el Estado en virtud del Plan Monnet eran causa de un doble efecto inflacionista: del lado del gasto, por la conocida expansión que engendra toda inversión privada o pública, de cierta importancia; del lado de la financiación, por la incidencia más que proporcional, con toda probabilidad, del aumento de impuestos en el nivel de precios. Otro tanto cabe decir del aumento de presión fiscal exigido por las necesidades del recarme.

Las prestaciones en concepto de seguridad social pueden asimilarse enteramente a elevaciones de salarios (del nivel general), por su idéntico efecto en el nivel de precios. Para los trabajadores, sin embargo, el resultado final ha sido un empeoramiento inmediato y general del salario real (por la incidencia en los precios), unido a una redistribución interna del salario real sustraído a todos los trabajadores entre una parte de ellos según ciertos criterios personales o familiares.

camino de salvación efectiva. Su política económica nacía ya tñrada de raquitismo, con el campo de acción limitado por una barrera infranqueable: los intereses creados, la conveniencia política. En la práctica, el problema planteado a los dirigentes franceses no ha sido tanto el de obtener los medios requeridos por una política antiinflacionista como el de no poder servirse de ellos más que en un sentido y con un límite fijados de antemano, como más tarde se hizo bien patente en el curso de la «experiencia Pinay».

Por otra parte, es indudable que el Estado, inicialmente libre de adoptar una u otra actitud, se encontró llegado un momento sumergido en el general torbellino inflacionista, incapaz de contener las fuerzas que él mismo había contribuido a desencadenar. Dos opciones se presentaban al terminar la guerra: dedicar una atención preferente a la inversión o al consumo. Al decidirse por la primera, el Estado se avenía tácitamente a las consecuencias, y así fué, en realidad, pues de otra forma no podría explicarse la singular atmósfera fatalista que ha dominado la actuación de los distintos Gobiernos hasta 1952 (terminación del Plan Monnet). La protección del consumo, que no encontraría satisfacción más que en 1949, unida al efecto netamente inflacionista de las condiciones presupuestas para la realización del Plan Monnet (pleno empleo, auge de la producción de bienes de inversión, aumento de la presión fiscal, déficit presupuestario a liquidar, presumiblemente, mediante anticipos directos de la Banca central)<sup>21</sup>, debía acabar forzosamente traduciéndose en un aumento acelerado de precios y salarios, el cual, al incidir, a su vez, en las causas iniciales, trans-

---

<sup>21</sup> Puede decirse que Francia ha conocido una situación de pleno empleo desde 1945, lo cual viene probado tanto por el escaso número de parados so-corridos como por el aumento de la jornada de trabajo y el constante recurso a las horas extraordinarias (cuya importancia ha crecido enormemente en la masa total de salarios). Esta fuerte demanda de mano de obra (según el Comisariado General del Plan Monnet, Francia necesitaba todavía un millón de hombres más), incluso después de alcanzado el pleno empleo, contribuye a explicar la facilidad con que los empresarios se han mostrado dispuestos a aumentar los salarios en distintas ocasiones. Recuértese, por otra parte, que el pleno empleo es, según las modernas teorías sobre la inflación, el supuesto esencial para el desencadenamiento de la acumulación inflacionista por su-basta de los trabajadores ya empleados entre los empresarios. De las conse-cuencias producidas por el juego del principio de aceleración y el multipli-cador en los procesos de inversión, tampoco es necesario hacer alusión.

mitía a la economía, en su conjunto, ese ritmo acumulativo que caracteriza a los períodos de inflación declarada. Las consecuencias extremas de este proceso hubieran podido evitarse si durante los años de más intenso esfuerzo en las industrias de inversión se hubiera mantenido un severo sistema de racionamiento, completado por las medidas fiscales oportunas. Pero ningún Gobierno se sintió con fuerzas para imponerlos, ni con valor suficiente para afrontar un suicidio político previsible por anticipado. De esta forma, el Estado dejaba de ser dueño de la situación, para pasar a ser su notario y su víctima. Puede decirse que estas dos funciones definen bastante bien el carácter de la actuación estatal francesa entre 1945 y 1952 <sup>24</sup>.

4.<sup>a</sup> Como nota final, conviene resaltar la existencia de una cierta continuidad personal en la sucesión de las experiencias estabilizadoras citadas. Ya hemos aludido a la participación de Pinay en la política seguida por el Gobierno Queuille a finales de 1948 y principios del 1949. Con Mayer, el rasgo se hace aún más saliente: «experiencia» en 1948, bajo Schuman; nueva «experiencia» en 1951, con Plevén; finalmente, llegada a la Presidencia del Consejo en diciembre de 1952, e inauguración de una nueva fase en la política antiinflacionista (si bien aún no estamos en condiciones de afirmar si será verdaderamente nueva y ni será antiinflacionista). Esta continuidad personal en la dirección de la política económica <sup>25</sup> inclinaría a un cierto optimismo respecto al futuro, de crear

---

<sup>24</sup> Por una parte, el Estado se ha visto arrastrado por el alza de precios, que ha aumentado el coste de sus gastos de inversión, el déficit presupuestario anual y la carga representada por las empresas nacionalizadas. Respecto al exterior su impotencia ha acabado reduciendo su misión a la constatación de los cambios económicos intervenidos en un período anterior y a su ratificación (como lo prueba la larga lista de «revisiones» y «ajustes» de precios y salarios llevada a cabo entre 1945 y 1952).

<sup>25</sup> Que contradice por cierto la inestabilidad parlamentaria a que tantas veces hemos hecho ya alusión. La curiosa paradoja de la estabilidad ministerial a pesar de los cambios de Gobierno no fué en realidad observada por los comentaristas franceses hasta el advenimiento de Mayer, en enero de 1952. Cfr. los artículos publicados por *Le Monde* hacia esas fechas (por ejemplo, «Le climat et la politique», por André CHEVENEYROT, el 10 de enero de 1953). De veintitrés ministros del Gabinete Mayer dieciséis, según dicho periodista, lo habían sido ya de seis a nueve veces: ello sin contar con el «caso Schumann», etc.

en el valor educativo de la experiencia y en la enseñanza aportada por los fracasos. Al menos, Pinay «lo ha hecho» bastante mejor que sus predecesores; encontrándose Mayer en mejores condiciones todavía debido a su mayor experiencia ministerial y a la ventaja de contar con valiosísimos elementos de juicio inexistentes con anterioridad a la «experiencia Pinay».

El interés por la política de estabilización del nivel de precios, las razones estructurales y accidentales de su fracaso; el carácter auténtico de la intervención estatal, una cierta continuidad personal en la resolución de problemas idénticos en el fondo: todas estas notas (que no pretenden, ni mucho menos, ser exhaustivas) nos ayudarán a comprender mejor tanto los obstáculos con que Pinay hubo de enfrentarse, como su originalidad y su posible mérito en la forma de resolverlos.

## II. EL PROGRAMA PINAY DE POLÍTICA ECONOMICA

La fragilidad del equilibrio alcanzado en 1949 se hizo patente cuando los precios se pusieron de nuevo en marcha a finales de 1950. No solamente la incidencia del aumento de precio de las materias primas mundiales y productos industriales en los precios franceses fué mucho mayor que la previsible de acuerdo con la estructura de la importación francesa y su peso en el nivel general de precios<sup>26</sup>, sino que mientras en los demás países la subida se detenía con la estabilización de precios en el mercado de materias primas (febrero de 1951), en Francia persistía a lo largo de todo el año 1951, aumentando rápidamente a principios de 1952. Según el último informe del O. E. C. E., el índice de precios al por mayor francés había subido en el primer trimestre de 1952 un 46 por 100 con relación al segundo trimestre de 1950, y un 37 por 100 el de precios al por menor; mientras que en Inglaterra y Bélgica (por no citar más que los países de mayores aumentos) las alzas no alcanzaban sino un 33 por 100 y 29 por 100 para los pre-

---

<sup>26</sup> En un 12 por 100, según los cálculos del estudio tantas veces citado, *La France et l'inflation*, pág. 141.



cios al por mayor, y un 17 por 100 y 15 por 100 para los precios al por menor, respectivamente.

La divergente evolución del nivel de precios franceses con relación a los extranjeros evidenció la autonomía adquirida por el movimiento inflacionista propiamente francés<sup>27</sup>, así como el papel jugado en ella por la patológica actuación de los comportamientos. Aquí reside, acaso, la peculiaridad del proceso iniciado en 1950, con relación a los anteriores: en que el período junio de 1950-febrero de 1952 mostró por primera vez, de manera innegable, a los franceses (y no sólo a sus economistas) el resultado de sus propios comportamientos inflacionistas. Los empresarios, que en el verano de 1950 habían comenzado a acelerar sus inversiones y a calcular sus precios conforme al «coste de sustitución», se encontraban ahora ante el serio peligro de verse eliminados en los mercados extranjeros por la enorme desproporción de los precios franceses con relación a los vigentes en las demás naciones. Y los consumidores, que ante la amenaza de una nueva guerra, escaseces y racionamiento, habían reaccionado aumentando sus compras y exigiendo mayores ingresos, comprobaban una vez más, ante el alza de precios de principios de 1952, la esterilidad de toda carrera tras los precios consistente en un simple aumento de sus rentas nominales. Esta vaga conciencia de culpabilidad inflacionista, que flotaba en el aire a comienzos de 1952, preparaba el camino a la «experiencia Pinay», y le señalaba al mismo tiempo el sentido a seguir. Los empresarios, recelosos de la creciente hipertrofia de los precios, se mostraban favorables a una «remise en ordre» prudencial capaz de atenuar el peligro de la competencia extranjera<sup>28</sup>, y en los consumidores, el estado de ánimo era cada vez más propicio a una revalorización de poder adquisitivo mediante la estabilidad y baja de precios, más bien que mediante problemáticas elevaciones no-

---

<sup>27</sup> Cfr. *Études et Conjoncture*, enero-febrero 1952, «Aperçu sommaire sur l'évolution de la situation économique en 1951», págs. 3-4. La existencia de factores específicamente franceses en la extensión de la inflación, inicialmente limitada a la repercusión de las alzas mundiales, es, por otra parte, un lugar común de la literatura económica francesa desde 1950.

<sup>28</sup> Según se desprende de la encuesta que por esas fechas realizó el I. N. S. E. F. entre los empresarios para sondear sus expectativas de alza. Cfr. *Études et Conjoncture*, mayo-junio 1952.

minales, de cuya incidencia en los precios se comenzaba a tener una triste y contundente experiencia<sup>29</sup>. Quizá por primera vez la mayoría de los franceses, e incluso aquellos más partidarios de la inflación (los empresarios), deseaban ver detenido el curso inflacionista de los precios, e inaugurada una nueva política económica, lo cual ayuda a comprender la resonancia de que gozó la «experiencia Pinay» desde sus comienzos, así como su indudable fatalidad causal<sup>30</sup>.

La primera misión impuesta al nuevo Gobierno, tanto por la situación económica como por el ambiente colectivo a la expectativa, era, en consecuencia, la detención de la inflación aprovechando la favorable coyuntura internacional e interna. Pero aunque ésta fuese su preocupación central, en el programa de política económica presentado a la Asamblea por Pinay, a principios de marzo de 1952, figuraban también dos fases ulteriores, a realizar sucesivamente una vez alcanzada la primera: la eliminación de los factores estructurales de inflación (etapa de las reformas fundamentales),

---

<sup>29</sup> Para apreciar el cambio es preciso pensar en la increíble obstinación con que los trabajadores especialmente y sus representantes se han aferrado a la política de elevación del salario nominal para revalorizar su poder adquisitivo. Esta postura ha sido sostenida no sólo en la literatura volandera periodística de partido o sindical, sino incluso en la aparentemente científica (véase, por ejemplo, *La crise de la pensée économique*, de Henri DENIS, en la colección «Que sais-je?», págs. 100 y ss. La filiación claramente comunista de este autor resta todo valor representativo a sus argumentos). Sería interesante registrar las diversas fundamentaciones que se han dado a la política de elevación del salario nominal por los distintos sindicatos y partidos políticos de inspiración obrera (cfr., por ejemplo, el artículo de NAVIER, aparecido en *Combat* de 26 de mayo de 1952, «Nous n'avons pas de politique de salaires», en que citando a KLYNES se trata de demostrar que sólo un aumento de los salarios nominales puede traer consigo «una real mejoría de su nivel de vida»). En el seno del Consejo Económico la conciencia de su esterilidad se hizo mucho antes luz (vid. el informe de M. Laserre el 27 de octubre de 1949, en nombre de las Comisiones de Economía Nacional y Trabajo: «Todo aumento de salarios que sirviese de pretexto para empujar los precios sería un verdadero regalo envenenado para la clase trabajadora» pág. 40 y ss.).

<sup>30</sup> «Si M. Pinay y M. Barrachin no hubieran existido se les hubiera inventado con toda seguridad.» Estas palabras, referidas a la causalidad política de la experiencia Pinay («Bilan provisoire d'une expérience», JACQUES FAUVET, *Le Monde*, 22 de julio de 1952) hubieran podido decirse igualmente de su causalidad económica (de la cual habla también, por cierto, el citado comentario).

y la reanudación de una política de expansión económica (condenada, a su vez, por la segunda).

Pasémosles revista rápidamente, para poder comprobar más tarde hasta dónde fué realizado el proyecto inicial mediante la confrontación del esquema teórico con la evolución real:

1.<sup>a</sup> Detención de la inflación. La originalidad de M. Pinay residía aquí no tanto en el fin propuesto en sí (que formaba parte del patrimonio programático legado por cada Gobierno a su heredero) como en la forma de lograrlo. Puede afirmarse que Pinay comprendió el problema inflacionista francés con más claridad que sus antecesores<sup>31</sup>. Si la inflación nacía visiblemente de la conducta desquiciada de todos (empresarios, agricultores, consumidores, Estado), y éstos actuaban impulsados por determinados móviles psicológicos (deseo de seguridad, deseo de lucro, cumplimiento de fines superiores a las propias fuerzas), lo primero de todo era influir directamente en estos móviles, y ello no sólo mediante la promesa de una estabilidad conseguida a golpe de decreto, sino mediante un llamamiento al orden capaz de hacer volver a la antigua normalidad de conducta, ya perdida de vista y extraviada en el laberinto inflacionista. Así, en lugar de «actuar por cuenta propia», proponiendo determinadas medidas a la aprobación del Parlamento y esperando su resultado una vez puestas en práctica, como sus predecesores, Pinay comienza presentando ante todos el panorama de la situación económica, enunciando las causas de su gravedad y la parte de responsabilidad que a cada uno (del Estado al último consumidor) le correspondía en ella, para acabar pidiendo a la nación entera, y a cada ciudadano en particular, la realización de los esfuerzos necesarios para remediarla.

Esta especial manera de establecer contacto directo con los suje-

---

<sup>31</sup> Es fácil estar de acuerdo con el equipo del INSEE que ha redactado las conclusiones al trabajo ya citado, *Le mouvement écon. de la France, 1938-1941*, cuando afirma que «en general no ha sido una clara visión de las soluciones convenientes lo que ha hecho más falta, sino la energía y la continuidad política necesarias para aplicarlas» (pág. 103). Hasta Pinay, sin embargo, ningún Presidente del Consejo había comprendido la necesidad de atacar directamente el trasfondo psicológico y social de la inflación francesa, ni pedido —como lo hizo Pinay (Cf. el art. cit. supra, en *Le Monde* del 22 de julio)— los medios necesarios para salir del dilema inversiones-inflación con que cada Gobierno hubo de tropezar desde la liberación.

tos de la actividad económica en todo momento continuaría siendo una nota saliente de la nueva política a lo largo de toda la experiencia Pinay. En ella están perfiladas algunas de las innovaciones más meritorias introducidas por Pinay en el tratamiento de los problemas económicos: una visión distinta, más realista, más aguda psicológicamente, menos confiada a la eficacia *per se* de leyes y decretos; la conversión del problema inflacionista en un problema nacional<sup>32</sup>, para cuya solución cabía apelar a las virtudes cívicas de solidaridad, patriotismo, etc.; un estilo nuevo, «más desdeñoso de los partidos, dirigiéndose más directamente a la opinión, incluso por encima del Parlamento».

Pero Pinay vió claramente que el cambio de conductas deseado no podía venir sencillamente de un llamamiento a la opinión pública, ni de hábiles discursos excitando los sentimientos patrióticos con el slogan de la «defensa del franco». Para pedir un esfuerzo a los demás, era preciso antes estar en condiciones de hacerlo. Y ¿cómo hubiera podido el Estado exigir la vuelta a una conducta honrada y normal en lo económico, si él mismo comenzaba por ser reo convicto en la consumación del delito inflacionista mediante su constante recurso al aumento de impuestos y a los avances del Banco de Francia para cumplir sus ambiciosos planes de inversión? Lo primero, por tanto, era dar el ejemplo, volver a acreditar al Estado a los ojos de todos, de forma que nadie pudiese reprocharle una contradicción interna cuando él pidiese a unos y otros una mayor austeridad y una conciencia más intensa de su responsabilidad social. Con ello, el Estado no sólo obtenía un argumento dialéctico decisivo a esgrimir en cualquier momento contra los intereses creados descontentos<sup>33</sup>, sino que al mismo tiempo influía directamente

<sup>32</sup> Que corresponde a la preponderancia dada por Pinay a las cuestiones económicas y financieras sobre las puramente políticas (internas o internacionales). (Cf. el artículo «Et les échéances extérieures?», de André Chenebault, en *Le Monde*, 12 de diciembre de 1952.) El motivo: en el discurso del 13 de septiembre: «Sólo resolviendo el problema de la vida cotidiana demuestra un país que sabe resolver los otros.»

<sup>33</sup> Y del cual ha hecho uso bien frecuente Pinay a cada ocasión crítica. Así, para justificar el bloqueo de precios decretado en septiembre: «El Gobierno ha decidido echar el seguro a los precios del sector privado, como lo ha puesto antes a los precios de los servicios públicos y a las cargas fiscales» (discurso retransmitido el 13 de septiembre de 1952). Y en un discurso a los

con su sola conducta en el rumbo adoptado por las de los particulares. Pinay estaba convencido del valor ejemplar y sintomático que la conducta económica del Estado tenía para la economía privada. «Cada vez que el Gobierno ha adoptado severas medidas de gestión en las finanzas, sus efectos se han dejado sentir inmediatamente en el plano de la economía privada. Cada vez que el Estado se ha negado a sí mismo el recurso a la facilidad, ha desanimado en el mismo instante a la especulación y estimulado el trabajo. Cada vez que ha adoptado una actitud de valor en el plano público, el Estado ha reanimado el valor innato en todas las capas de nuestra población»<sup>34</sup>.

En acuerdo con ello, las primeras medidas propuestas por Pinay van dirigidas a suprimir los comportamientos inflacionistas del propio Estado, tanto en su calidad de sujeto o entidad económica (cobertura del déficit presupuestario, explotación de las empresas nacionalizadas) como en la de dirigente de la actividad económica mediante la intervención en sectores claves (precios, salarios, paridad monetaria).

1.º El desequilibrio presupuestario —problema número 1 de todos los Gobiernos franceses desde 1946 y causa frecuente de su caída— es abordado por Pinay de una manera franca y drástica, atacando a sus mismas causas. En vez de aumentar los impuestos para cubrir la parte correspondiente de los 600.000 millones de francos requeridos por las necesidades extraordinarias de inversiones, especialmente (Plan Monet y rearme), Pinay recurre, de una parte, a la emisión de un empréstito precedido de un decreto de amnistía fiscal para atraer los capitales ahuyentados por la inflación, y de otra, a una disminución de las inversiones previstas mediante la congelación de los créditos destinados a ellas. De esta forma el Es-

---

agricultores en Aurillac, después de discutir la fijación del precio del trigo a una altura inferior a los costes de producción calculados por el mismo Gobierno: «El Gobierno os pide una actitud valerosa, porque él mismo se impone una política de valor que no espera nada del milagro y sí todo de la voluntad» (27 de septiembre de 1952). Igualmente, en su discurso de 25 de julio, comentando, entre otras cosas, la cláusula de salvaguardia para el trigo, Pinay advertía que si él pedía un esfuerzo a los agricultores era sólo «en el cuadro de una política bien definida y sólo en ella».

<sup>34</sup> Discurso de Pinay el 23 de septiembre, en la feria económica de Saint Etienne.

tado se eximía de toda responsabilidad por los movimientos del nivel de precios, al no influir en él por aumento alguno de la presión fiscal.

2.º Al mismo tiempo, el Estado se comprometía a mantener estables los precios de los servicios públicos (energía, transportes, etc.), y los salarios de los trabajadores por él empleados en las empresas nacionalizadas.

3.º A pesar de la disparidad existente entre los precios franceses y extranjeros, el Gobierno se oponía a toda idea de devaluación capaz de precipitar nuevamente los comportamientos psicológicos y poner en peligro las medidas dictadas para atraer los capitales evadidos.

4.º Para el buen éxito de la empresa, los salarios debían permanecer igualmente estables, sin que ninguna elevación del salario mínimo garantizado<sup>35</sup> viniese a trastornar la estabilidad de los precios mediante su incidencia en el nivel general de salarios<sup>36</sup>.

5.º Finalmente, el Gobierno cortaría la ascensión de los precios, decretando una serie de bajas, destinadas tanto a disminuir los efectos del «boom» del primer trimestre sobre la exportación francesa, como a apaciguar las reivindicaciones obreras mediante la revalorización de su poder adquisitivo, y, en general, a devolver a todos la confianza en la moneda mediante el logro de una estabilidad monetaria y económica duradera.

Para la realización de este último punto, Pinay contaba, sin duda, con el efecto psicológico conseguido a través de los anteriores. La perspectiva de estabilidad garantizada por el Estado en materia de impuestos, salarios, energía y transportes debía impul-

---

<sup>35</sup> Es bien sabido que, a pesar de la vuelta a la libertad de convenciones colectivas en la fijación de salarios, el Estado continúa teniendo el dominio de la situación a través del salario mínimo garantizado, cuya elevación por decreto gubernativo se ha traducido siempre (en agosto de 1950 y en las dos elevaciones de 1951) en un aumento del nivel general de salarios por desplazamiento hacia arriba de toda la jerarquía.

<sup>36</sup> FAUVET, art. cit. (continuación), en *Le Monde* de 23 de julio de 1952. El artículo de FAUVET, acaso el mejor que se haya escrito sobre Pinay, es también el primero —y que yo sepa, el único— en destacar la sorprendente coherencia interna del programa Pinay, mérito éste que no cabe atribuir a la casualidad (como se desprende claramente del discurso citado en la feria económica de Saint Etienne).

sar a los empresarios a prestar su colaboración voluntaria a la política de baja, «añadiendo su parte de sacrificios a los que consentía el Poder público y, bien a pesar suyo, la clase trabajadora». Industriales, agricultores y comerciantes eran así llamados a abandonar sus prácticas inflacionistas (autofinanciación, cálculo de precios conforme al «coste de renovación», margen de seguridad en los precios agrícolas, rigidez de los precios al por menor por la arbitraria realización de beneficios en el comercio intermediario, etcétera), ajustando su conducta a la estabilidad prometida y preparándose al retorno a una auténtica concurrencia económica. Y otro tanto se pide a los consumidores, cuya colaboración en el éxito de la política de baja se exige por primera vez explícitamente<sup>37</sup>.

Sorprende a simple vista la íntima trabazón de medios y fines parciales en esta primera fase de detención de la inflación. Así, la baja de precios no sólo había de servir para revalorizar el poder adquisitivo de los trabajadores, sino también para evitar una nueva devaluación del franco y disminuir los gastos reales de inversión (o lo que es lo mismo, aumentar su poder adquisitivo), con lo cual se contribuía también por este conducto al equilibrio presupuestario<sup>38</sup>. De igual forma, la amnistía fiscal (a la que Pinay

---

<sup>37</sup> Si el comportamiento de los consumidores puede llegar a ser un factor de inflación tan decisivo o más (según hemos apuntado antes) que el de los empresarios, lo lógico es que el llamamiento al orden se haga no sólo a éstos, sino a aquéllos también. Pinay ha sido, sin embargo, el primer Presidente del Consejo en hacerlo. «El Gobierno toma medidas para asegurar la protección del consumidor, pero él no puede estar presente en todas partes. Son los consumidores mismos quienes deben defender su poder adquisitivo», «no comprando a cualquier precio, como en tiempos de carestía, y aprendiendo a regatear en un clima de libre debate» (discurso del 13 de septiembre). Por primera vez también se inicia, bajo la experiencia Pinay, una interesante campaña dirigida a educar al consumidor reformando sus malas costumbres inflacionistas, en periódicos como *Le Monde* (la sección titulada «l'école des consommateurs») e incluso en la radio (la emisión titulada «Nous, les clients»).

<sup>38</sup> La revalorización del poder adquisitivo de las inversiones previstas debida a la baja de precios sería precisamente el leitmotiv defensivo de Pinay contra los que le reprochaban la amputación a que tuvo que recurrir en las inversiones para asegurar el equilibrio presupuestario (Cf. el discurso pronunciado en Aurillac el 27 de septiembre de 1952). En cuanto a los efectos de la baja de precios para el comercio exterior, véase más tarde la parte referente

calificaba de «piedra angular» de su programa) debía traer consigo no solamente la posibilidad de realizar el empréstito, sino también y al mismo tiempo la repatriación de capitales necesaria para mejorar tanto el mercado de dinero como el tipo de cambio<sup>39</sup>. Finalmente, los efectos de ambas medidas se conjugarian en el tiempo, reforzándose mutuamente a medida que su eficacia fuera dejándose sentir (la acentuación de la estabilidad por la baja de precios estimularia aún más la repatriación de capitales y el renacimiento del ahorro necesario para la suscripción del empréstito e incluso para la reanudación de emisiones en el sector privado, al mismo tiempo que el éxito del empréstito afirmaria el movimiento de baja ante la perspectiva de un verdadero equilibrio presupuestario y la imposibilidad de liquidar los *stocks* en una nueva coyuntura inflacionista favorable). Una estabilidad de salarios mantenida inflexiblemente se traduciría, por su parte, en un descenso de la circulación fiduciaria<sup>40</sup>.

---

a los resultados y las conclusiones, y el de Saint Etienne (23 septiembre), así como el de exposición de motivos del Presupuesto para 1953 (23 de noviembre).

<sup>39</sup> Es de todos sabida la gran penuria de capitales por que atraviesa Francia desde el final de la guerra y las dificultades con que tanto el Estado como las empresas privadas tropiezan para colocar sus emisiones. Según una encuesta del *Manchester Guardian*, una emisión de acciones tendría pocas probabilidades de éxito si ofrecía menos del 10 por 100 de rendimiento (véase el comentario que a esta afirmación se hace en la sección financiera de *Le Monde* de 25 de octubre de 1952). También se sabe ya que el Estado no había conseguido emitir ningún empréstito a largo plazo en ninguno de los dos años anteriores (el último, emitido por Pétache en 1949, no había producido, por otra parte, más que unos 156.000 millones de francos). El mejoramiento del tipo de cambio por repatriación de capitales era de esperar teniendo en cuenta, sobre todo, casos como el de 1926, con Poincaré, en que la caída del franco se debió exclusivamente a la huida de capitales, volviendo a reafirmarse por el conducto inverso.

<sup>40</sup> No puede decirse que Pinay pensase en este efecto, impresionado más bien por la incidencia inmediata en el nivel de precios. Pero durante todo el período 1946-1952 puede descubrirse una íntima correlación entre los aumentos de salarios y el aumento de la circulación fiduciaria. Ello obedecerá a una importante transformación de las causas de aumento de la circulación fiduciaria, que no son ya los vencimientos comerciales de fin de mes (ahora saldados por compensaciones bancarias), sino el pago de salarios (Cf. el artículo «Les signes monétaires n'obéissent plus aux mêmes lois», en *Le Monde icon. et fin.* de 21 septiembre de 1952, y el comentario a una conferencia de M. Bocecon-Gihod en *Stat. et Etudes financiers* del 30 de septiembre de 1949). La correlación men-



Esta misma complejidad de elementos y su condicionamiento recíproco nos muestran ya hasta qué punto el éxito del programa Pinay en toda su extensión se encontraba subordinado a la realización de una serie de supuestos fundamentales, lo cual en el fondo no era sino una consecuencia de su misma coherencia interna. Cuanto más coherente es un plan más depende su resultado final de la conducta de cada uno de sus datos.

2.<sup>a</sup> Una vez detenida la inflación el Gobierno procedería a la eliminación de sus mismas causas estructurales, liquidando las deformaciones introducidas en el mecanismo económico por la adaptación a una situación de inflación permanente durante largos años. Esta etapa debía conducir a una serie de reformas fundamentales destinadas a suprimir los factores inflacionistas de orden político (reforma de la Constitución) administrativo (reforma de la Administración), fiscal (reforma fiscal) social (reforma de la seguridad social) y propiamente económico (vuelta a la libre concurrencia mediante una reforma del sistema de *ententes* industriales y comerciales y del sistema distributivo), así como a liquidar definitivamente toda mentalidad inflacionista <sup>41</sup>.

Es importante destacar (pues de otra forma correríamos el riesgo de falsear nuestro juicio final sobre los resultados prácticos de la experiencia Pinay, como veremos más tarde) que esta segunda fase fue claramente formulada por Pinay desde un comienzo y que a ella concedía una importancia tan decisiva como a la primera en la realización de su programa <sup>42</sup>.

3.<sup>a</sup> Última fase del programa Pinay: una vez totalmente liquidada la inflación y afirmadas las condiciones requeridas para una expansión económica sin peligro de inflación (confianza en la mo-

---

cionada viene a probar, por otra parte, la tesis sostenida por PEDERSEN, según la cual la inflación no sería sino la financiación de un nivel creciente de salarios (*Teoría y política del dinero*, pág. 220).

<sup>41</sup> Ya que, como había observado CLOSON en el prólogo al estudio tantas veces citado. *La France et l'inflation* (pág. 4), «non seulement les structures économiques sont en cause mais aussi les structures mentales qui leur servent de support».

<sup>42</sup> Pueden seguirse las reformas propuestas en esta segunda etapa en los discursos de 25 de julio y 27 de septiembre, así como en el balance de 1952, expuesto por Pinay con motivo de la ley presupuestaria para 1953 el 10 de diciembre de 1952, y en la exposición de motivos de la misma ley.

ueda, equilibrio presupuestario, vuelta a la concurrencia, abundancia de capitales), Francia podría iniciar la política de engrandecimiento económico «atrevida, sana, digna de su genio», mediante un nuevo plan de inversiones cuatrienal, continuación del plan Monnet; la intensificación de la construcción, un incremento de la actividad económica en el sector privado permitido por el mayor ahorro y exigido por la competencia y una política adecuada de mejoramiento de la productividad <sup>43</sup>.

Puede decirse, en consecuencia, que el plan de Pinay era total y progresivo, abarcando ambiciosamente el amplio panorama de la economía en su conjunto tanto a corto como a largo plazo, y escalonando sus medidas en diversas etapas, cuya sucesión se condicionaba a la realización de la anterior. Finalmente tal programa había de realizarse empíricamente, ajustándose en cada instante a los problemas concretos planteados por la evolución de los hechos. Coherencia, generalidad, progresividad, empirismo: tales eran las notas más salientes del plan propuesto en marzo, especialmente relevantes en el discurso ya citado de Saint-Etienne (verdadera proclama doctrinal de la nueva política) <sup>44</sup>.

EUSTASIO RODRIGUEZ

(Concluirá.)

---

<sup>43</sup> Los puntos de esta última etapa no se concretarían más que al final de 1952, con motivo de la discusión del presupuesto para 1953 (véase la nota anterior).

<sup>44</sup> Así, la coherencia: «La política es una forma de la lógica que supone, de una parte, un cierto número de ideas coherentes, y, de otro, un orden de prioridad en los medios...»; y la progresividad: «El arte de gobernar es el arte de escoger y de proceder por etapas. El país no puede llevar a cabo todas las tareas a la vez», así como la rotunda declaración de fe empírica: «La política económica exige una posición constante de adaptación a los hechos y de oportunidad en la eficacia, denunciando el error del espíritu cartesiano de querer aplicar a toda costa una determinada doctrina, incluso cuando los hechos de cada día no la justifican». Pocos párrafos revelan tan expresivamente la íntima cohesión interna que los distintos aspectos de su programa tenían en la cabeza de Pinay como el que cerraba el discurso de Saint Etienne: «El orden en las finanzas se traduce por el orden en el mercado de cambios, el orden monetario por el orden económico, el orden en el Estado por el orden en las costumbres.»